

DÍA 4. Oración de la tarde. Jueves 30

Sumergirnos en las aguas de la fe de la Iglesia



Acogidos en su casa (Jn. 19, 25-27)

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

*Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.»
Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.*

HIMNO: “Guardadnos en la fe y en la unidad”

¡Guárdanos en la fe y en la unidad,
vosotros, que ya estáis desde el principio
en comunión con Cristo y con el Padre!

¿A quién acudiremos
cuando la fe va herida
sino a vosotros, testigos vigilantes,
que anunciáis con palabra poderosa
lo que era en el principio,
lo que vieron de cerca vuestros ojos
y lo que vuestras manos tocaron
y palparon del Verbo de la vida?

¡Guárdanos en la fe y en la unidad,
vosotros, que ya estáis desde el principio
en comunión con Cristo y con el Padre!

¿En quién descansaremos
la duda y la esperanza
sino en vosotros, cimientos de la Iglesia,
que habéis visto al Señor resucitado,
y oísteis al Espíritu
revelar por el fuego y la palabra
el misterio de Cristo
que estaba oculto en Dios desde los siglos?

¡Guardadnos en la fe y en la unidad,
vosotros, que ya estáis desde el principio
en comunión con Cristo y con el Padre!

ENTRAÑAS DE MISERICORDIA

Danos entrañas de misericordia
frente a toda miseria humana.

Inspíranos el gesto y la palabra oportuna
frente al hermano solo y desamparado.

Ayúdanos a mostrarnos disponibles
ante quien se siente explotado y deprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto
de verdad y de amor, de libertad,
de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando.

Que quienes te buscamos sepamos discernir
los signos de los tiempos
y crezcamos en fidelidad al Evangelio;
que nos preocupemos de compartir en el amor
las angustias y tristezas,
las alegrías y esperanzas
de todos los seres humanos,
y así les mostremos tu camino
de reconciliación, de perdón y de paz.



SUMERGIRNOS EN LAS AGUAS DE LA FE DE LA IGLESIA. Jn 19, 25-27

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre. Hemos hablado durante estos días de miradas que ven en lo escondido. María es la mirada que permanece precisamente en lo escondido, en lo oculto, en lo discreto. Está ahí, pero siempre por detrás, como temerosa de robar protagonismo a su hijo.

María permanecía junto a la cruz porque era una mujer acostumbrada a desconciertos. Acostumbrada a recibir anuncios que eran más grandes que ella y lo que una razonablemente puede llegar a esperar o a creer. Ante lo que nos sobrepasa el hombre y la mujer modernos tenemos dos reacciones: o tratar de domesticarlo, de explicarlo, de desmenuzarlo en pedacitos racionales o, si no podemos, lo rechazamos tratándolo de “mito”, de ilusión o de engaño. La respuesta de María fue distinta, fue permanecer ante lo extraño, ante lo incompresible, ante lo desconcertante, ante el misterio. “María conservaba todas estas cosas, guardándolas en su corazón”. Sin entender pero guardando el Misterio en su corazón, dejando “a remojo” todo lo incomprensible para que en su día se fuera “ablandando”. La respuesta de María fue el asombro. Porque sólo el asombro es la actitud que deja que el misterio sea lo que realmente es: misterio. ¡Santa María del asombro, ruega por nosotros!

María permaneció, pero no de cualquier manera, sino en un acto, profundo y confiado, de consentir con lo que Dios le iba poniendo delante. Su confianza en Él era superior a lo desconcertante de sus propuestas. Y por eso su actitud fue, no la de acatar órdenes, sino la de vivir en obediencia a Aquel en quien ella había puesto toda su confianza. María tuvo que ir encontrando su lugar en el plan de Dios, no sólo el día de la Anunciación, sino a lo largo de su vida.

Tuvo que aprender a consentir y a permanecer, al lado de Jesús pero al modo en que el Señor le iba indicando: en el ocultamiento y en el desconcierto. La vida de María está llena de desconciertos. Desconcertada, desde el principio, por el inexplicable acontecimiento de ser “cauce singular”, el “cauce elegido” para que la salvación de Dios llegase al mundo a través de la puerta de su consentimiento. Pero desconcertada muchas veces en la vida cotidiana por su propio hijo. Cuando Jesús se pierde y es hallado en el templo: “No sabéis que yo tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre”. Desconcertada cuando en las bodas de Caná: “Déjame, mujer, que todavía no es mi hora”. Desconcertada cuando va en su busca: “Mi madre y mis hermanos son éstos, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”.

Lejos de idealizar o de mitificar a María, ella tuvo que aprender a permanecer en medio del desconcierto. Permanecer cuando no entendemos. Permanecer cuando el lugar que se nos pide ocupar no son los “primeros planos”. Permanecer cuando “nos ponen en nuestro sitio”. Y alegrarnos cuando sabemos cuál es (nuestro sitio). Quien es el que nos coloca ahí y para qué.

María, por eso, es el corazón de la Iglesia, aquel que late y bombea en lo escondido y así da vida a todo. Y lo es permaneciendo en obediencia, más confiando que entendiendo. Y acaso, en muchos momentos, tuvo que volver su mirada y su recuerdo hacia aquel Anuncio primero, en el que se le aseguraba: “No temas, pues Dios te ha concedido su favor”. Ella estaba allí (y así) por algo y por Alguien. Y la “señal de verificación” era algo tan desconcertante como que su pariente Isabel iba a dar vida, cuando hasta hace cuatro días era conocida como “la estéril”.

Esta tarde nos encontramos ahí a María, junto a la cruz de su hijo. Y, en ese estar silencioso, se concentra todo un modo de presencia callado, oculto, desconcertado y fiel. María “hace parte” de la cruz, lo mismo que, “hace parte” de la resurrección de su hijo.

Y, con el mismo realismo con el que Jesús desde la cruz se dirigió a su discípulo amado, pronuncia hoy para nosotros idénticas palabras: “Ahí tienes a tu madre”. Jesús nos la ha hecho para siempre y para todos “madre”. Madre de los discípulos, madre de los creyentes, madre en la fe.

María es el gran regalo de Jesús a su Iglesia (“desde aquel momento el discípulo la acogió en su casa, la acogió en su vida”). María es, desde entonces, el corazón de la Iglesia en el mundo.

Su pequeñez acaba llenándolo todo, acaba inundando todos los rincones de la Iglesia. Ella es el corazón que da vida a la Iglesia... pero así, en la fuerza irrefrenable de lo pequeño, en la fuerza majestuosa y discreta de lo pequeño. En su sobrecogedora presencia silenciosa.

Y, desde entonces, María para nosotros, los discípulos, es ésa, la madre. La que permanece junto a nuestros desconciertos, apoyando nuestra fe desconcertada. La que permanece junto a nuestras cruces, recordándonos que tampoco ella entendía nada pero sabía permanecer. La que nos asegura que su manto acude en ayuda de nuestra indefensión: “No te voy a dejar nunca”.

¡Menos mal que existe la fe de la Iglesia! Cuyo corazón lo ocupa María y en torno a ella, todos los hombres y mujeres que han vivido de la misma fuente que estos días se nos ofrece a nosotros. La comunión de los santos, la comunión de los creyentes, la comunión de la fe. Nuestra fe, la de cada uno de nosotros comienza muchos años antes de nacer nosotros. De hecho lo que hacemos, en el mejor de los casos, cuando nuestra fe deja de ser una cosa nuestra, llena de nosotros y de nuestras proyecciones, es sumergirnos en la fe grande de la Iglesia. De esta Iglesia, santa y pecadora a la vez, Pero de esta Iglesia por la que discurren las aguas de la fe.

¡Menos mal que existe la fe de la Iglesia! Y menos mal que puedo beber de ella. Porque quizá estos días todo me resulte lleno de luz y luminoso. Y se me alegre el corazón por tantos dones. Pero en el silencio de mi casa, en la soledad de mi vida, aunque esté rodeado de gente y de trabajo, habrá días que mi fe vacile. Que todo esto me parezca una ilusión. Tan sólo poesía. Habrá días en los que el escepticismo se apodere de mí. Y con él la desconfianza.

Esos días necesitaré como el beber acudir a la fe de la Iglesia. Sumergir mi fe pequeña en la corriente salvadora de la fe de la Iglesia, que recoge las aguas de todos los creyentes que en el mundo han sido y son. Y donde mi fe no llega, llegará la fe de la Iglesia.

Pero incluso cuando en el día a día me vaya razonablemente bien, la fe de la Iglesia será la que impedirá la inercia de mi fe a cerrarse sobre sí misma, a cerrarse en lo controlable. En lo que yo puedo asumir. Porque la fe de la Iglesia siempre bebe de la desmesura de Dios. Y su eucaristía, y los tiempos litúrgicos, y las celebraciones del Adviento, la Cuaresma, la Pascua, Pentecostés... me traerán el rumor sonoro de que hay una fuente empeñada en empapar todos los días de mi vida con su presencia y su don inmenso.

Nunca agradeceremos suficiente la fe de la Iglesia los que tenemos una fe tan precaria, tan asustadiza, tan frágil. Porque en ella, estemos como estemos, sentimos que nuestra fe en el Señor se ensancha y se esponja.